

**HIDALGO PRINCE, MIGUEL. (2012). *TODAS LAS BATALLAS PERDIDAS*.  
CARACAS: BID & CO.**

Reseñado por Mario Morenza  
Universidad Central de Venezuela  
jedyknight71@gmail.com / @MarioMorenza

En ocasiones, los domingos por la tarde me da por pensar en esta frase: «Algunas personas se ejercitan en el arte de ser humanas, otras se obstinan en ser parientes» (S/f: 212). Son palabras del narrador de «Anuncios clasificados», minicuento de Miguel Gomes. El texto más bien podría calificarse de aforismo desde ciertas perspectivas. Por ejemplo, es una frase que se ajustaría perfectamente como epígrafe de un ensayo crítico sobre lazos familiares y herencias en la Literatura Venezolana. Sin embargo, he pensado nuevamente en esta frase al terminar de leer las aventuras y desaciertos de los personajes de otro Miguel, héroes sosegados y apesadumbrados que se ejercitan en otras costumbres. Me refiero a Miguel Hidalgo Prince, el joven narrador licenciado en Letras de la UCV, vallecochero; el chino, como a veces es llamado; el vecino, el hermano, y seguramente de las pocas personas que su desagrado por el chocolate no luce como afrenta a la sociedad de consumo, es el gesto que sella su autenticidad. Este joven autor, en contraste con la lapidaria frase de Miguel Gomes, ha creado personajes muy humanos que se han ejercitado en el difícil arte de fracasar, y esta obstinada actividad ha terminado por emparentarlos.

Los diez relatos de *Todas las batallas perdidas* establecen una universidad de la derrota, todos ellos, ya sea Leo, El Feo, Daniel o Freddy, terminan sus cuentos con un Ph.D en desengaños y desilusiones. Sus vidas avanzan por un derrotero donde no hay celebración o esta suele ser fugaz. Se desvían por las arterias de la insensatez y asumen su rumbo impreciso como una manera de resistirse a las señales que indican la esperanza.

*Todas las batallas perdidas* nos ofrece una lección. Una lección que no olvidaremos en mucho tiempo. Estas experiencias se quedarán un buen rato con nosotros después de leer la última de sus historias. Es muy probable que en nuestro peregrinar nos topemos con

perdedores tan parecidos a estos héroes y se nos hará imposible evitar pensar *Vaya, este cajero, o este administrador, o este policía o este burócrata se escapó de algún cuento de Miguel Hidalgo Prince*. Este escritor nos muele a golpes en el cuadrilátero de sus páginas. Cada párrafo es una pelea angustiosa en la que riñen la vida, el vacío, el ocio, la amistad y, sobre todas estas cosas, la remota posibilidad de vencer; de vencer y convertirse en el pilar que apenas sostenga y salve una infame vida que siempre estuvo a un segundo de desplomarse. Es así como este libro nos enseña que la mayoría de las veces ganar es una falta total de decoro; que la verdadera mística de ser caballero, o de ser hombre sin cansarse, está en la prodigiosa voluntad de saberse perdedor antes del primer puñetazo a nuestra cara desprevenida; de aceptar, como diría Julio Cortázar, que hay que comenzar de nuevo o retirarse a otras peleas, pues siempre existirá la promesa de otro ring para desquitarnos, pero antes debemos acumular más visitas a la lona que nocauts propinados. Esa es la gran lección de *Todas las batallas perdidas*, un libro que nos nutrirá con toda clase de pedagogías sobre el pesimismo.

Este volumen se abre con una pelea llamada «Grasa», protagonizada por dos solitarios que comparten un denso temor sobre ellos: el miedo a perderse. Se desplazan en un vehículo tres ruedas, modelo Tío Rico, «de los que uno no sabe a ciencia cierta si se parecen más a una moto o a un carro» (p. 10). En su irregular avance por las calles de Caracas se plantean seriamente el robo más absurdo de la historia: hurtar toda la cantidad de grasa de cerdo posible para vendérsela a cirujanos. El desenlace de esta primera historia es tan pesimista que cualquier amago de felicidad corría el riesgo de ser tomado como un exabrupto: la contemplación de una Caracas disminuida por la distancia aceita un final atroz.

El siguiente relato obtuvo en 2010 el Segundo Lugar en el Concurso de Cuentos de la Policlínica Metropolitana, y lleva por título «Noticias de la frontera». En él descubrimos que para los soldados de la frontera el ocio es una dimensión en la que no se concibe volver a ser el mismo después de que matas a un guerrillero, o de aguantar los gritos de tus superiores, o que, ya el más severo de los casos, tu mujer pasa de enviarte fotos desnuda con poses artísticas a enviarte fotos dignas del *hardcore* más sucio de la industria porno a dúo con otro tipo experto en poses del *Kama sutra*. Los soldados de este relato custodian la frontera de Venezuela, pero los límites de su vacío

existencial ya han sido penetrados, invadidos y minados, no les ha quedado otra que alejarse de ellos mismos.

En «El Show de Leo» su protagonista es el Mr. Hyde de la sobriedad: cuando bebe no habla, grita, monta su espectáculo en la tarima que se le antoja la barra de un restaurant chino. Allí desahoga entre whiskys y lumpias sus «reflexiones étlicas» (p. 39): la biografía de su «perra vida» (*ibidem*) apunta hacia un horizonte retrospectivo, matizado por esa nostalgia de un pasado en el que alguna vez fue feliz al lado de su mujer.

El relato «Es sólo música» narra la organización y consumación de un *menage a trois*, esa fantasía tan «sobreestimada» (p. 52). El anodino héroe comprueba que esta variante de la sexualidad está mejor posicionada en la teoría que en la práctica: más que asistir activamente en la acción es testigo, o, si somos justos, su «presencia ahí era de extra» (p. 52). Es una historia en la que sus personajes tienen más cosas en común que sus colaboraciones íntimas: Maribel, Kimberly y él desean volver a lo suyo y olvidarse de algo, sacarse algún clavo con la misma naturalidad de tomarse una pastilla para el dolor de cabeza.

Es sin duda «La isla de Xisca» uno de los más hermosos relatos del libro. En él se puede inferir entre la pesadumbre de sus protagonistas una poética del autor: «Detesto las frases largas. Suelo enredarme con ellas. O mi discurso se enreda. Da lo mismo. Otra cosa que detesto es quedarme sin título» (p. 59). Más adelante, el narrador expone, la eterna disputa entre los académicos y biógrafos: «Siempre he dicho que una cosa es la ficción y otra la realidad» (p. 60); inicia su reflexión para luego sumar ejemplos a su premisa: «El médico argelino que se quedó atrapado en la ciudad plagada por la peste no existió salvo en el libro de Camus. Mandrake no es Rubem Fonseca ni viceversa. Henri Chinaski no es Charles Bukowski ni viceversa» (p. 60), para concluir que «si lo son es lo que menos importa» (p. 60). El sentido primigenio de «La isla de Xisca» lo encuentro precisamente en un relato de estos autores: «Suma cero» de Rubem Fonseca (2004). El siguiente diálogo entre dos amantes revela con fría certeza su atmósfera predominante:

—La vida es un juego de suma cero.

— ¿Qué quiere decir eso?

—Un juego en que la suma de las ganancias y las pérdidas de

los jugadores es siempre cero.

— ¿Y lo que acabamos de ganar es cero? ¿Lo que ganamos todos los días es cero?

—Sólo al sumarlo con las pérdidas, las pérdidas nunca son cero.  
(pp. 203- 204)

«La isla de Xisca» obtuvo el Segundo Lugar en el VI Concurso Nacional de Cuentos Sacven en 2007; igual posición alcanzó «Restos de una generación inmunda» en la VII edición de este mismo certamen dos años después; como nos hemos dado cuenta, Miguel Hidalgo Prince se ha convertido en una especie de cazarrecompensas de accésits literarios; ha tenido buena puntería, sí, pero lo extraño es que muchos lectores coincidimos, con el perdón o sin él del jurado o parte del jurado, que eran los mejores cuentos de esas ediciones. (Más recientemente, nuestro autor repetiría en la edición VIII su tradicional Segundo Lugar con «Mi padre el veterano», relato que, suponemos, aparecerá en un futuro libro de cuentos de este autor y que en otra ocasión tendré la oportunidad de escribir sobre él. Por lo pronto, invito a leerlo en el libro editado por Sacven [2012] que reúne tanto al ganador como a los finalistas de esa edición).

«Antenas» es una historia juvenil protagonizada por Daniel, una leyenda adolescente llena de fama o infamia, que cambiaba sus ideales con la misma facilidad en que podía envenenar al perro del liceo Urbaneja Achepohl por ladrarle cada vez que lo veía o de tramar un atentado terrorista en el baño de niñas apoyado en sus conocimientos químicos. La evolución de Daniel parecía acoplarse cuando pisó los treinta: su gran ilusión era acabar con todos los impuros de la tierra para que solamente seres de luz la habitasen. Antes de llegar a ese punto de raciocinio o elegante locura, nos cuenta el narrador que Daniel «[h]abía sobrevivido a todo. A su madre, al asma, al acné, al más absurdo rechazo social, a miles de palizas, a una retahíla de parasistemas. Luego fue barman, taxista, vigilante en un banco, extra en una novela de Venevisión» (p. 88), entre otra cantidad de oficios intrascendentes.

El relato que le da título al libro trata sobre la inseguridad de un vendedor de seguros a quien le tiemblan las manos y los ojos, y a quien su esposa lo sustituye por una mujer. Un día, entre tanto desasosiego económico y sentimental, despierta de malísimo humor. Esa resaca de emociones le proporciona una lucidez de lo que realmente es la vida y se dice con la convicción apocalíptica del Daniel

de «Antenas» que «[s]i tuviera los recursos y el tiempo, habría hecho estallar el planeta entero» (p. 108).

De «Quería fumar esta noche» se podría afirmar que junto a «Grasa» son los dos relatos *road movie*, o *road short story* de *Todas las batallas perdidas*. En un Malibú se traslada un *staff* variopinto de jóvenes tan desengañados como inmaduros. Uno de ellos es Freddy, un poeta mediocre que jamás había escrito un poema pero que aseguraba tener una Moleskine atiborrada de textos que pulía con paciencia y disciplina. Otro, Jonás, el piloto, no había sido expulsado de la universidad como Freddy, pero sí de su apartamento por la máxima autoridad de su hogar: su ex mujer. Este grupo de jóvenes, en breves kilómetros en automóvil, carburan su fracaso.

Por su parte, «Restos de una generación inmunda» sucede en un tiempo en el que, como dice el protagonista, «Locomía era lo máximo» (p. 136). Hacia el final de la historia comprende que «el olvido es algo triste (...) Tiene sus ventajas en pequeñas dosis» (p. 142). Cierra el libro «Tarde de perdedores», un ágil relato que condensa los resultados de todos los héroes que confluyen en este primer libro de cuentos de Miguel Hidalgo Prince: todos tienen un cero a su favor.

Estas historias sencillamente nos salvan del miedo al fracaso, entre líneas se nos insinúa que la noción integral de lo que debe ser el éxito, ya en los oficios, en los amores, en la vida, más que un lenguaje del fondo, está cifrado en la fuerza que administraremos para sobrevivir al golpe. Estas historias nos harán saber, como bien decía Hemingway, que tanto la victoria como la derrota nunca serán definitivas. Siempre hay algo más, después del punto y final, siempre hay algo más de las últimas frases, de aquellas últimas famosas palabras, como las del protagonista del último de los relatos que en un momento de alucinante contemplación balbucea: «No puedo hablar de los demás, pero después de ahí a mí todo se me puso en blanco» (p. 153).

## REFERENCIAS

- Gomes, M. (en prensa). *De fantasmas y destierros*.
- Fonseca, R. (2004). *Pequeñas criaturas*. Bogotá: Norma.

